

ban la faz de la tierra. Pero en París esperaba á Hamelin la mala suerte. Hacía quince meses que luchaba con sus proyectos, sin poder comunicar su fe á nadie, demasiado modesto, poco hablador, reducido á aquel segundo piso del hotel de Orviedo, en un pequeño cuarto de cinco piezas que le costaba mil doscientos francos, más lejos del éxito que cuando corría los montes y las llanuras del Asia. Sus economías se agotaban rápidamente, y el hermano y la hermana llegaban á una gran escasez.

Lo que más interesó á Saccard fué aquella creciente tristeza de Carolina, cuya alegría se veía caer á su hermano. En su hogar ella hacía en cierto modo de hombre. Jorge que se le parecía mucho físicamente, poseía raras cualidades para el trabajo; pero se absorbía en sus estudios y no había que sacarlo de allí. Jamás había querido casarse, no experimentando necesidad de ello y adorando á su hermana, lo cual le bastaba. Debía tener queridas de un día, pero no se sabía. Y aquel antiguo incansable trabajador de la Escuela politécnica, aquel hombre de concepciones tan vastas, de un celo tan ardiente en todo lo que emprendía, mostraba algunas veces una candidez tal que se le hubiera podido tomar por tonto. Educado en el más estrecho catolicismo, había conservado su religión de niño, y la practicaba con gran fe; mientras que su hermana se había rehecho por una lectura in-

mensa, por la vasta instrucción que se había proporcionado á su lado, en las interminables horas en que él se sumergía en sus trabajos técnicos. Carolina hablaba cuatro idiomas, y había leído los economistas, los filósofos, apasionada un instante por las teorías socialistas y evolucionistas; pero se había calmado, debía, sobre todo á sus viajes, á su larga residencia entre civilizaciones lejanas, una gran tolerancia, un hermoso equilibrio de juicio. Si ya no creía, era muy respetuosa con la fe de su hermano. Hubo entre ellos una explicación, y jamás volvieron á hablar del asunto. Ella era toda una inteligencia en su sencillez y en su bondad; y, de un valor extraordinario para la vida, de una alegre bravura que resistía á las crueldades de la suerte, acostumbraba á decir que sólo una pena había quedado viva en su alma, la de no haber tenido un hijo.

Saccard pudo hacer á Hamelin un favor, un trabajillo que le procuró de una sociedad que necesitaba un ingeniero para una memoria sobre el rendimiento de una máquina nueva. Y de este modo penetró en la intimidad del hermano y de la hermana, y subía con frecuencia á pasar una hora con ellos, en su sala, en su única pieza grande que habían transformado en gabinete de trabajo. Aquella pieza seguía absolutamente desnuda, amueblada solo con una larga mesa de dibujo, otra mesa más pequeña llena de papeles, y una media docena de sillas. Sobre

la chimenea apilábanse los libros. Pero una decoración improvisada, animaba la desnudez de las paredes: una serie de planos, y una serie de acuarelas, fija cada hoja con cuatro clavos. Era su cartera de proyectos lo que Hamelin había extendido de aquel modo, las notas tomadas en Siria, toda su fortuna futura; las acuarelas eran de Carolina, vistas de allá, tipos, trajes, lo que había notado y apuntado acompañando á su hermano, con un sentido muy personal de colorista, sin ninguna pretensión, por otra parte. Dos anchas ventanas, que daban al jardín del hotel Beauvilliers, iluminaban con una luz viva aquella desbandada de dibujos, que evocaban otra vida, el sueño de una sociedad antigua cayendo hecha polvo, y que los planos de líneas firmes y matemáticas parecían querer reedificar como con la ayuda del sólido andamiaje de la ciencia moderna. Y cuando se hubo hecho útil, con aquella actividad que le hacía simpático, Saccard pasaba grandes ratos ante los planos y las acuarelas, seducido, pidiendo sin cesar nuevas explicaciones. En su cabeza germinaba ya toda una vasta empresa.

Una mañana encontró á Carolina sola, sentada junto á la mesa pequeña, de la que había hecho su bufete. Estaba mortalmente triste, con las manos caídas entre los papeles.

—¡Qué queréis! ¡Esto se pone mal decididamente!.... Yo soy valiente, sin embargo. Pero todo nos va á faltar á la vez; y lo que me aflige

es la impotencia á que la desgracia reduce á mi hermano, porque él no es animoso, no tiene fuerzas más que para el trabajo..... Yo había pensado en volver á colocarme de institutriz, para ayudarle al menos. He buscado, pero nada he encontrado..... Y sin embargo, no puedo ponerme á servir como criada.

Jamás la había visto Saccard tan sin alientos, tan abatida.

—¡Qué diablo! ¡Todavía no han llegado las cosas á ese punto!—exclamó.

Carolina movió la cabeza, á su vez le faltaba el valor, irritada contra la vida que de ordinario aceptaba tan valerosamente, aun siendo mala. Y habiendo entrado Hamelin en aquel momento, trayendo la noticia de un nuevo desengaño, ella lloró, no habló más, con los puños apretados sobre la mesa y la mirada vaga.

—¡Y decir—suspiró Hamelin—que allá en Siria hay millones que nos esperan, si alguien quisiera ayudarme á ganarlos!

Saccard se había parado delante de un plano representando la fachada de un pabellón construido en el centro de vastos almacenes.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—¡Oh, un capricho!—explicó el ingeniero. Es un proyecto de habitación, en Beirut, para el director de la compañía que he imaginado, ya sabéis, la compañía general de Vapores reunidos.

Animábase, daba nuevos detalles. Durante su residencia en Oriente, había notado lo defectuo-

so que es el servicio de transportes. Algunas sociedades domiciliadas en Marsella, matábanse por la competencia y no llegaban á tener el material suficiente y comfortable; y una de sus primeras ideas, en la base misma de todo el conjunto de sus empresas, era syndicar esas sociedades y reunir las en una gran 'Compañía, provista de millones, que explotaría el Mediterráneo entero y se aseguraría su dominio estableciendo líneas para todos los puertos de Africa, de España, de Italia, de Grecia, de Egipto, de Asia hasta el fondo del mar Negro. Aquel era el proyecto de un organizador de gran sentido y de un buen ciudadano: era el Oriente conquistado, dado á Francia, sin contar que así acercaba la Siria donde se iba á abrir el vasto campo de sus operaciones.

—¡Los sindicatos!—murmuró Saccard.—Ahí está hoy el porvenir..... ¡Es esa una forma tan poderosa de la asociación! Tres ó cuatro pequeñas empresas que vegetan aisladamente, alcanzan una vitalidad y una prosperidad irresistible si se reúnen..... Sí, el porvenir es de los grandes capitales, de los esfuerzos centralizados de las grandes masas. Toda la industria, todo el comercio acabarán por no ser otra cosa que un inmenso bazar único, donde se proveerá uno de todo.

Se había parado otra vez, delante ahora de una acuarela que representaba un sitio salvaje, una garganta árida que obstruía un gigantesco derrumbamiento de rocas coronadas de malezas.

—¡Oh, oh!—exclamó—he aquí el fin del mundo. No deben molestar ahí mucho los transeúntes.

—Es una garganta del Carmelo—respondió Hamelin.—Mi hermana tomó ese apunte mientras yo estudiaba esos parajes.

Y añadió con sencillez:

—¡Mirad! Entre los calizos cretáceos y los pórfidos que han levantado esos calizos en todo el blanco de la montaña, hay allí un filón de plata considerable, ¡sí! una mina de plata cuya explotación, según mis cálculos, daría enormes beneficios.

—¡Una mina de plata!—repitió vivamente Saccard.

Carolina, las miradas vagas, absorta en su tristeza, había oído; y como si hubiesen evocado una visión murmuró:

—¡El Carmelo ¡ah! qué desierto, qué días de soledad! Lleno de mirtos y retamas ¡huele tan bien, está tan embalsamado el aire! Y allá arriba, muy arriba, las águilas..... Pero toda esa plata duerme en aquel sepulcro, al lado de tanta miseria..... Se necesitarían multitudes dichosas, talleres, ciudades nuevas, un pueblo regenerado por el trabajo.

—Fácilmente se abriría un camino desde el Carmelo á San Juan de Acre—continuó Hamelin.—Yo creo que se encontraría igualmente hierro, porque abunda en todas las montañas del país..... También he estudiado un nuevo modo

de extracción que realizaría importantes economías. Todo está preparado, no se trata ya más que de encontrar capitales.

—¡La Sociedad de las minas de plata de Carmelo!—murmuró Saccard.

Pero ahora era el ingeniero quien, alzando los ojos, iba de un plano á otro, cogido otra vez por aquel trabajo de toda su vida, lleno de fiebre al pensar en el brillante porvenir que dormía allí mientras que lo paralizaba la falta de medios.

—Y estos no son más que los pequeños negocios del principio—añadió.—Mirad esta serie de planos, este es el gran negocio, todo un sistema de caminos de hierro atravesando el Asia Menor de parte á parte.... La falta de comunicaciones cómodas y rápidas, tal es la primera causa del estancamiento en que se pudre ese país tan rico. Allí no encontráis un camino para carruajes, los viajes y los transportes se hacen siempre en mulos ó en camellos.... ¡Imaginaos, pues, qué revolución, si penetraran líneas férreas hasta los confines del desierto! Esto sería la industria y el comercio decuplicados, la civilización victoriosa, la Europa abriéndose al fin las puertas del Oriente.... ¡Oh! por poco que esto os interese ya hablaremos de ello despacio. ¡Y ya veréis, ya veréis!

Pero no pudo contenerse, y entró en seguida en explicaciones. Durante su viaje á Constantinopla fué, sobre todo, cuando estudió el trazado de su plan de caminos de hierro. La grande, la única dificultad estaba en la travesía de los

montes Taurus; pero había recorrido las diferentes gargantas y afirmaba la posibilidad de un trazado directo y relativamente poco costoso. Por lo demás, él no pensaba en ejecutar de una vez el plan completo. Aunque se obtuviera del sultán la concesión total, sería prudente no emprender desde luego más que la línea matriz, la línea de Brusa á Beirut por Angora y Alepo. Más tarde, se pensaría en el ramal de Smirna á Angora, y en el de Trebisonda á Angora, por Erzeroum y Sivas.

—Después.... después....

Y no acabó, contentándose con sonreír, no atreviéndose á decir hasta dónde había llevado la audacia de sus proyectos. Aquello era un sueño.

—¡Ah, las llanuras al pie del Taurus—añadió Carolina con su voz lenta como si estuviera medio dormida— qué delicioso paraíso! No hay más que arañar la tierra, y las cosechas brotan desbordantes. Los árboles frutales, los melocotoneros, los cerezos, las higueras y los almendros, se desgajan al peso de los frutos. ¡Y qué campos de olivos y de moreras, parecidos á grandes bosques! ¡Y qué existencia natural y fácil, bajo aquel cielo puro, constantemente azul!

Saccard se echó á reír, con aquella risa aguda que le acometía cuando olfateaba la fortuna. Y como Hamelin hablase todavía de otros proyectos, especialmente de la creación de un Banco en Constantinopla, indicando las relaciones

omnipotentes que había dejado allá, sobre todo con el gran visir, lo interrumpió alegremente:

—¡Pero eso es Jauja!

Luego, apoyando con mucha familiaridad sus manos en los hombros de Carolina, que seguía sentada:

—¡Ea! no os desesperéis, señora. Os quiero bien, ya veréis cómo hago con vuestro hermano algo muy bueno para todos nosotros... Tened paciencia, esperad.

Durante el mes que siguió, Saccard procuró de nuevo al ingeniero algunos trabajillos; y aunque no hablaba ya de los grandes negocios, debía pensar en ellos constantemente, preocupado, vacilante ante la amplitud abrumadora de las empresas. Pero lo que apretó más el lazo naciente de su intimidad, fué la manera completamente natural con que Carolina llegó á ocuparse de su casa de hombre solo, devorada por gastos inútiles, y tanto peor servida cuantos más criados tenía. El, tan hábil fuera, reputado por su mano vigorosa y diestra en el lodazal de los grandes robos, dejaba ir en su casa todo á la desbandada, sin cuidarse del espantoso desorden que triplicaba sus gastos; la ausencia de una mujer se dejaba cruelmente sentir hasta en las cosas más pequeñas. Cuando Carolina notó el saqueo, le dió al principio consejos y acabó por entremeterse y hacerle realizar dos ó tres economías, tan bien que un día ofrecióle Saccard el puesto de ama de llaves: ¿por qué no? Ella había

buscado una plaza de institutriz; bien podía aceptar una colocación honrosa que le permitiría esperar. El ofrecimiento hecho como en broma llegó á ser serio. ¿No era aquel un modo de ocuparse, de aliviar á su hermano con los trescientos francos que Saccard quería dar por mes? Y aceptó, reformó la casa en ocho días, despidió al jefe de cocina y á su mujer para no tomar más que una cocinera que con el ayuda de cámara y el cochero debían bastar para el servicio. No dejó más que un caballo y un carruaje, puso mano en todo, y examinó las cuentas con tan escrupuloso cuidado que al fin de la primera quincena había conseguido una reducción de la mitad. El estaba encantado y bromeaba diciendo que él era quien la robaba ahora, y que ella habría debido exigir un tanto por ciento sobre todos los beneficios que le conseguía.

Entonces comenzó una vida de muy estrecha intimidad. Ocurriósele á Saccard la idea de hacer quitar los tornillos que condenaban la puerta de comunicación entre los dos cuartos, y se subía libremente de un comedor al otro por la escalera interior; de manera que mientras que su hermano trabajaba allá arriba, encerrado de la mañana á la noche para poner en orden sus legajos de Oriente, Carolina, dejando su propia casa al cuidado de la única criada que los servía, bajaba á cada momento á dar órdenes como en su casa. Había llegado á ser la distracción de Saccard la continua aparición de aquella her-

mosa mujer, que atravesaba las habitaciones, con su paso sólido y soberbio, con la alegría siempre inesperada de sus cabellos blancos encuadrando su rostro joven. Y ella, de nuevo muy alegre, había recobrado su bravura para la vida, desde que se sentía útil, ocupando sus horas, continuamente en pie. Sin afectación de sencillez, no llevaba más que un traje negro, en cuyo bolsillo sonaba el llavero; y ciertamente la divertía, á ella la sábia, la filósofa, no ser más que una buena mujer casera, el ama de llaves de un pródigo, á quien quería como se quiere á los niños traviesos. El, seducido un instante, calculando que entre ellos no había después de todo más que una diferencia de catorce años, se había preguntado qué sucedería si cualquier noche la cogiera entre sus brazos. ¿Era admisible que, en diez años, después de su huída forzosa de la casa de su marido, de quien había recibido tantos golpes como caricias, hubiera vivido rodando por el mundo, sin tocar un hombre? Acaso la habían protegido los viajes. Sin embargo, sabía que un amigo de su hermano, un tal Beaudoin, un negociante que se había quedado en Beyrut y cuyo regreso estaba muy próximo, la había amado mucho hasta el punto de esperar, para casarse con ella, á que muriese el marido, á quien acababan de encerrar en una casa de salud, loco de alcoholismo. Evidentemente, este matrimonio no habría hecho más que regularizar una situación muy excusable, casi legí-

tima. En este caso, puesto que debía haber uno, ¿por qué no ser él el segundo? Pero Saccard no pasaba del razonamiento, encontrándola tan buena camarada que con frecuencia desaparecía la mujer. Cuando, al verla pasar con su busto admirable, se preguntaba qué sucedería si la abrazase, se respondía que sucederían cosas muy ordinarias, acaso muy fastidiosas; y dejaba la experiencia para más tarde, y le daba vigorosos apretones de manos, satisfecho con su cordialidad.

Bruscamente Carolina cayó en una gran pena. Una mañana bajó abatida, muy pálida, con los ojos hinchados; pero no pudo saber nada de ella y cesó de preguntarla ante su obstinación en decir que no tenía nada, que estaba como todos los días. Solo al día siguiente lo comprendió todo, al encontrar arriba una esquila de boda, la que anunciaba el casamiento de Beaudoin con la hija de un cónsul inglés, muy joven é inmensamente rica. El golpe había debido ser tanto más duro cuanto que la noticia había llegado por aquella carta trivial, sin ninguna preparación, sin un adiós siquiera. Era todo un derrumbamiento en la existencia de la desgraciada mujer, la pérdida de la lejana esperanza á que se agarraba en los momentos de desastre. Y, como la casualidad tiene crueldades abominables, había sabido precisamente la antevíspera la muerte de su marido; y durante cuarenta y ocho horas creyó en la próxima realización de su sueño.

Su vida se llenaba de sombras, quedaba como aniquilada. Aquella misma noche la esperaba otro estupor: como, según su costumbre, antes de subir á acostarse, entrase á la habitación de Saccard á perderle las órdenes para el día siguiente, él la habló de su desgracia con tanta dulzura que ella estalló en sollozos; luego, en aquel invencible enternecimiento, en una especie de parálisis de su voluntad, cayó entre sus brazos y fué suya, sin placer para el uno ni para el otro. Cuando se rehizo no se sublevó, pero su tristeza aumentó hasta lo infinito. ¿Por qué había dejado que sucediese aquello? Ella no amaba á aquel hombre, y él tampoco debía amarla. Y no es que le pareciese de una edad y de una figura indignas de ternura; sin ser bello, ciertamente, y viejo ya, interesábale por la movilidad de sus rasgos, por la actividad de toda su pequeña persona morena; y, desconociéndolo todavía, quería creerlo servicial, de una inteligencia superior, capaz de realizar los grandes proyectos de su hermano, con la honradez media de todo el mundo. ¡Pero qué caída tan imbécil! Ella, tan formal, tan instruída por la dura experiencia, tan dueña de sí misma, ¡haber sucumbido así, sin saber por qué ni cómo, en una crisis de lágrimas, como una modistilla sentimental! Lo peor era que él parecía tan sorprendido, casi tan disgustado de la aventura como ella. Cuando, tratando de consolarla, le había hablado de Beudoin como de un antiguo amante cuya baja

traición no merecía más que el olvido, y ella había lanzado una exclamación, jurando que jamás había sido su querida, creyó al pronto que mentía, por orgullo de mujer; pero insistió Carolina sobre este juramento con tanta fuerza, mostró unos ojos tan hermosos, tan francos, que al fin acabó por quedar convencido de la verdad de esta historia: ella guardándose, por rectitud y por dignidad, para el día de la boda, y el hombre esperando dos años, y luego cansándose y casándose con otra, alguna ocasión muy tentadora de juventud y de riqueza. Y lo singular era que este descubrimiento, esta convicción que habría debido apasionar á Saccard, lo llenaba al contrario de una especie de embarazo: de tal modo comprendía la necia fatalidad de su buena fortuna. Por lo demás, no volvieron á las andadas, pues ni el uno ni el otro parecían tener ganas de ello.

Durante quince días Carolina estuvo muy triste. La fuerza de vivir, esa impulsión que hace de la vida una necesidad y una alegría, la había abandonado. Ocupábase en sus múltiples tareas, pero sin pensar en lo que hacía, sin siquiera forjarse ilusiones sobre la razón y el interés de las cosas. Era la máquina humana trabajando en la desesperación del aniquilamiento de todo. Y en medio de aquel naufragio de su bravura y de su alegría, no disfrutaba de otra distracción que de la de pasar todas sus horas libres con la frente pegada á los cristales de una ven-

tana del gran gabinete de trabajo, con las miradas fijas en el jardín del hotel vecino, aquel hotel Beauvilliers, donde, desde los primeros días de su instalación, adivinaba una ruina, una de esas miserias ocultas, tan dolorosas en sus esfuerzos para cubrir las apariencias. También había allí seres que sufrían; y su pena parecía templarse en aquellas lágrimas, agonizaba de melancolía hasta creerse insensible y muerta en el dolor de los demás.

Los Beauvilliers, que, en otro tiempo, sin contar sus inmensos dominios de la Turena y del Anjou, poseían en la calle de Grenelle un magnífico hotel, no tenían ahora en París más que esta antigua casa de recreo, construída fuera de la población á principios del siglo pasado, y que hoy se encontraba enclavada entre las oscuras construcciones de la calle de San Lázaro. Los escasos árboles del jardín quedaban allí como en el fondo de un pozo, el musgo se comía las gradas de la escalinata, movidas y rotas. Se hubiera dicho que aquello era un rincón de la naturaleza aprisionado, un rincón dulce y muerto, de una muda desesperación, á donde el sol no bajaba más que en rayos verdosos, cuyas vibraciones daban frío. Y en aquella húmeda paz de cueva, en lo alto de aquellos escalones movidos, la primera persona que había visto Carolina era la condesa de Beauvilliers, una mujer alta y delgada de sesenta años, con el cabello blanco y el aire muy noble, algo anticuado.

Con su gran nariz recta, sus delgados labios y su cuello singularmente largo, parecía un cisne muy viejo, de una dulzura desolada. Después, detrás de ella, casi al mismo tiempo, habíase mostrado su hija, Alicia de Beauvilliers, de veinticinco años de edad, pero de una naturaleza tan empobrecida que se la habría tomado por una adolescente sin la tez marchita y los rasgos ya estropeados del rostro. Era aun su madre, pero miserable, sin su aristocrática nobleza, el cuello muy largo hasta ser desgraciado, no conservando más que el encanto lastimoso de un fin de gran raza. Las dos mujeres vivían solas desde que el hijo, Fernando de Beauvilliers, se había alistado en los zuavos pontificios, después de la batalla de Castel-Fidardo, perdida por Lamoricere. Todos los días, cuando no llovía, aparecían así, la una detrás de la otra, bajaban las gradas y daban una vuelta por el jardín sin hablar una palabra. No había allí mas que trepadoras, porque las flores no habrían agarrado ó acaso habrían costado muy caras. Y aquel paseo lento, sin duda un simple paseo higiénico, de aquellas dos mujeres tan pálidas, bajo aquellos árboles centenarios que habían visto tantas fiestas y que las casas burguesas de la vecindad ahogaban, tomaba un melancólico dolor, como si ellas hubieran paseado el duelo de las viejas cosas muertas.

Carolina, llena de interés, había espiado desde entonces á sus vecinas por tierna simpa-

tía, sin curiosidad malsana; y poco á poco, dominando el jardín, penetró en su vida que ellas ocultaban con tanto cuidado en la calle. Había allí siempre un caballo en la cuadra y un carruaje en la cochera, que cuidaba un antiguo criado, á la vez ayuda de cámara, cochero y portero; de la misma manera que había una cocinera, que servía también de doncella; pero si el carruaje salía del portalón correctamente enganchado, llevando á las señoras á sus visitas, si la mesa conservaba cierto lujo en invierno en las comidas quincenales á que acudían algunos amigos, ¡con qué largos ayunos, con qué sórdidas economías de todos los momentos, se procuraban aquella engañadora apariencia de fortuna! Bajo un pequeño tinglado, al abrigo de las miradas, lavábase continuamente, para reducir la cuenta de la lavandera, pobres ropas gastadas por el jabón, llenas de zurcidos; las cenas se componían de potajes y pan que se dejaba secar sobre una tabla para comer menos; acudían á toda suerte de prácticas avariciosas, ínfimas y que inspiraban lástima: el viejo cochero reñecía las botas agujereadas de la señorita, la cocinera daba tinta á las costuras de los guantes ajados de la señora; y los trajes de la madre pasaban á la hija después de ingeniosas transformaciones, y los sombreros duraban años, gracias al cambio de sus flores y cintas. Cuando no esperaban á nadie, los salones de recepción en el piso bajo estaban cerrados cuidadosamente, así como las

grandes habitaciones del primer piso; porque de todo aquel caserón no ocupaban las dos mujeres más que una pequeña pieza, de la que habían hecho su comedor y su tocador. Cuando se entreabría la ventana, se podía ver á la condesa componiendo su ropa, como una burguesa económica, mientras que la joven, entre su piano y su caja de acuarela, hacía medias y mitones para su madre. Un día de gran tormenta fueron vistas ambas en el jardín recogiendo la arena que arrastraba la violencia del agua.

Ahora Carolina sabía su historia. La condesa de Beauvilliers había sufrido mucho con su marido, que era un vicioso, y del cual no se había quejado nunca. Una noche se lo trajeron, en Vendome, expirante, atravesado de un balazo. Se habló de un accidente de caza: alguna bala enviada por un guarda celoso cuya hija ó mujer habría forzado. Y lo peor era que con él se acababa la fortuna de los Beauvilliers, en otro tiempo colosal, consistente en tierras inmensas, en dominios regios, que la Revolución había encontrado ya aminorada, y que su padre y él acabaron de consumir. De aquellas vastas posesiones sólo quedaba una granja, los Aublets, á algunas leguas de Vendome, que rentaba próximamente unos quince mil francos, único recurso de la viuda y de sus dos hijos. El hotel de la calle de Grenelle había sido vendido hacía tiempo; el de la calle de San Lázaro se comía la mayor parte de los quince mil